

## Caminar con fe



Hace un año y medio hubo una situación bastante compleja con uno de mis nietos. Unos resultados médicos indicaron que posiblemente el niño tenía unas células cancerígenas, detectadas a través de una biopsia que se le practicó. En ese momento, el niño tenía un año y algunos meses. Podrán imaginar la dificultad, la preocupación y la tristeza que sentimos al recibir ese tipo de noticia.

El niño continuó con el proceso posterior de análisis médicos, pero tan pronto supimos lo que pasaba, hice una promesa. No soy muy religioso; pretendo ser espiritual, como lo dije en alguna oportunidad. Soy creyente de fuerzas grandes, espirituales, de diferentes dioses, diría, porque me asumo como politeísta. Creo en todo aquello que sea bueno: budismo, taoísmo, confucianismo, espiritualidades en todos los sentidos. Y, de base, fui formado como católico. Mi madre tiene una gran vocación por el Señor de los Milagros de Buga, y yo también, de cierta manera, creo que la fe puede servir.

Entonces, cuando me enteré de esa situación, lo que hice fue prometerle al Señor de los Milagros caminar hasta Buga si mejoraba la salud de mi nieto. Lo pensé muy bien esa noche y dije: “No, no puedo supeditarle a una fuerza tan grande y espiritual como el Señor de los Milagros que tiene que sanar a mi nieto”. Así que cambié de perspectiva y le dije: “Que sea lo que tú quieras. De todas maneras, pase lo que pase, yo caminaré a Buga para agradecer por lo que sea”. Es decir, no lo condicioné a la sanación de mi nieto.

Luego, continuaron los exámenes, y otra vez aparecieron las células cancerígenas. Era una especie de salpullido que se le convertía en ampollas. Había mucha preocupación en la familia, en mi hijo (que es el padre del niño) y en la madre. Y así seguimos, y yo seguía pidiendo. Tuve un contacto espiritual con mi nieto durante todo ese tiempo; hablaba mucho con él, a pesar de su corta edad.



Cuatro meses después de estar en revisiones oncológicas, llegó la última cita. La oncóloga, en el examen final, informó a mi hijo y a su esposa que el niño ya no tenía células cancerígenas.

Para nosotros, eso fue un milagro. O, al menos para mí, fue un milagro. El niño ya no tenía ese problema. Solo se trataba de una alergia que se controlaba con una crema. Bueno, esto es un poco del recuento de por qué caminé a Buga.

La caminata comenzó el 12 de abril del presente año, sábado previo al Domingo de Ramos, y tuvo cuatro etapas. La primera fue de 45 km, desde el barrio Bello Horizonte, en Popayán, hasta Pescador, Cauca. Llegué alrededor de las seis de la tarde, pero no pude hospedarme en Pescador, así que, siendo honesto, tomé un transporte público por 11 km hasta Mondomo. Ahí me hospedé.

Al día siguiente, me levanté a las seis de la mañana y retomé el camino. Caminé 35 km hasta Villa Rica, donde me quedé a descansar en un hotel. Al día siguiente, por motivos de seguridad, tomé un carro hasta El Bolo, en Palmira; no caminé por esa parte. Desde El Bolo caminé 30 km hasta El Cerrito, donde pasé la noche, y finalmente, de El Cerrito caminé hasta Buga, otros 30 km.

¿Qué puedo decir de esta caminata? Fue una metáfora de la vida. Un tránsito que me permitió hacer una gran oración de cuatro días, replanteando y repensando lo que es la vida. Los dolores en los pies y las ampollas eran una señal de que el mundo de hoy —el mundo que estamos viviendo— duele, pero que es posible que la esperanza y la fe le permitan a alguien como yo, con 61 años, transitar este mundo “caliente”. Digo caliente porque, ¡uy!, hizo muchísimo calor durante las cuatro jornadas. Y ese calor tiene que ver con el calentamiento global, que paradójicamente puede contrastarse con el enfriamiento del Alma Humana.

Hoy estamos enfrentando un problema muy complejo en el mundo, no solo desde lo ambiental, sino también desde lo emocional y espiritual. Y creo que ese es el punto central. Tiene que ver con el hecho de que no hay espiritualidad, porque se ha ido perdiendo, “el

alma se quedó rezagada”, hoy caminamos vacíos y necesitamos sentarnos a esperarla. Y es preocupante, porque a esta caminata fui solo. No hubo nadie que tuviera la valentía espiritual de intentarlo. Pasa con todos: con nuestros estudiantes, con nuestras compañeras y compañeros.



No sé si esto tenga que decirse, pero mi reflexión es que el mundo necesita volver a lo espiritual. El mundo necesita más fuerza para entender que hay cosas inexplicables —como la sanación de mi nieto— que tienen que ver con ese cuerpo dimensional y espiritual que poseemos, y que no estamos fortaleciendo.

Puedo decir de mi travesía, que creí que no iba a poder lograr, pero a pesar de los dolores, de los pies hinchados, de las ampollas, de las dificultades y del temor ante la inseguridad — porque caminar solo por ciertos lugares es complicado y peligroso—, a pesar de todo eso, lo logramos. Y llegamos.

Por: Luis Alfredo López Quinayás  
Profesor Departamento de Educación y Pedagogía